

Envío...

(Viene de la página 36).

ferencias de conducta en el trato con nuestros respectivos pueblos.

Al señor Balbás hice notar también cómo en el círculo de *Caballeros de la raza* al lado de él y de otras meritísimas personalidades como la de doña Julieta Puente de Mc Grigor y las de Julio y Manuel F. Cestero, había abundante concurso de *políticos* hispano-americanos de segundo y tercer orden, a algunos de los cuales había yo conocido desempeñando degradantes oficios, muchos de ellos como instrumentos de esas pavorosas tiranías que son la deshonra y el verdadero peligro del Continente.

Fué allí, por cierto, donde medité y escribí para ellos mi poema aquel que se llama *El Deber de América*, cuyas apreciaciones sobre las dolencias de *nuestra raza* vino a confirmar aquí el verbo clarividente y juvenil de Eugenio Noel.

Todo esto, amigo García Monge, para expresar a Ud.—a guisa de ligero comentario para las galanas piezas del señor Balbás Capó, que le ruego insertar en su incomparable *REPERTORIO*—, que a mi juicio la *Doctrina de la Rábida*, que ha hecho suya la Sección Ibero americana del Ateneo de Madrid, no se opone ni debe oponerse en forma alguna a un amplio y sincero *pan-americanismo* dentro del cual pueden y deben ser libres y prósperos los pueblos de nuestro continente.

El generoso y bello ideal de la unión de los *Estados ibero-americanos* tiene su más eficaz y peligroso adversario en el propio sentimentalismo que lo genera.

¿Acaso a predicarlo envían hoy de su patria a nuestra turbulenta América a ese grande Unamuno, que es viva fuente en que se remoza el alma ibera?

Con gracias anticipadas y muy cordiales por la atención que dispense a éstos papeles, soy de Ud. muy atento estimador y amigo,

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN.

Madrid, 20 de febrero de 1924.

Señor Don José María Zeledón

San José, Costa Rica

Mi distinguido amigo:

!! No sé si tendrá Ud. memoria de mí. Por si no la guarda, voy a ver si logro refrescársela.

Se acuerda Ud. de un Quijote gordo, que en el Hotel Ansonia, de New York, presidía aquellas sesiones memorables de un grupo ibero-americano

que se reunía para rendir culto al ideal de la Raza?

Yo no me olvido de Ud., y le he tenido siempre como uno de los paladines de la misma, y hoy que se me presenta la oportunidad, voy a recabar su valiosa colaboración a la obra que inaugura la Sección Ibero-americana del Ateneo de Madrid, que modesta e inmerecidamente presido.

A tales efectos, le incluyo copia taquigráfica del discurso que pronuncié en dicho centro de cultura, con ocasión de inaugurarse el curso de dicha Sección, acto que revistió gran solemnidad, según podrá Ud. ver con sólo la lectura del mismo.

Aunque el Ateneo ha sido clausurado por orden gubernativa, creo fundadamente que esta situación durará poco, pues es imposible mantener a un país como éste, sin un organismo de esa naturaleza, foco y centro de la cultura nacional; y, en tal esperanza, acaso para la fecha en que se realice la reapertura, podremos tener aquí los

efectos de la encuesta que se inserta en el discurso y que es como la síntesis de la *Doctrina de la Rábida*, que esta Sección ha hecho suya.

Fundado en la identificación de ideales que existe entre Ud. y yo, como pudo demostrarse con nuestras comunes actuaciones de New York, espero que esta demanda que formulo hallará, por su intermedio, eco en ese país, parte de un conjunto de pueblos, acaso los más interesados en los problemas que en la citada *Doctrina* y en la encuesta se plantean.

Anticipando a Ud. gracias por el interés que se tome en este asunto, haciendo publicar el discurso, si cree que lo merece y comentándolo después, aprovecho esta ocasión para suscribirme una vez más su devoto amigo y admirador, Q. B. S. M.,

VICENTE BALBÁS CAPÓ

Dirección Postal:
Vicente Balbás Capó.—
Calle de Gravina 19. Segundo derecha,
MADRID.

Bolívar e Iturbe

DESPUÉS de combatir en Francia por la causa del derecho, de la justicia y de la libertad en el mundo, hasta dejar inscrito su nombre en los Anales de la Revolución, y hoy en las tablas de gloria del Arco de Triunfo de Napoleón, Miranda se acordó de su patria y voló allí a prestar el contingente de su espada y experiencia a los inexpertos republicanos sus compatriotas.

Generalísimo de sus tropas, fué envuelto en una serie de desgracias, hasta la capitulación que concluyó con Monteverde, en San Mateo, el 25 de julio de 1812, y que, como todas las ajustadas por los españoles, fué inicua y cruelmente violada apenas se entregaron los patriotas.

Luego de firmar la capitulación, se retiró a la Guaira, donde tenía lista una corbeta inglesa para embarcarse. Llegó a las 7 de la noche del 30 de julio de 1812 solicitando hospitalidad en la casa del Comandante del puerto, Coronel Manuel María Casas, quien con el Gobernador político, el tristemente célebre Miguel Peña, lo entregaron a los españoles por medio del Coronel Simón Bolívar, Montilla y Chatillon, quienes se encargaron de prenderlo. Miranda, sin protestar, se dejó conducir a la prisión.

Bolívar nunca, ni en los últimos días de su vida, se arrepintió de haber prendido al Precursor, y, antes bien, se lamentaba de no haberlo fusilado por habérselo impedido otros, y siem-

pre consideró su acción como un deber patriótico. Argüía que si Miranda creyó que los españoles observarían el tratado, debió quedarse para hacerlos cumplir su palabra, y, si no, era un traidor por haber sacrificado su ejército.

De la Guaira, sin fórmula de juicio, fué enviado Miranda al castillo de Puerto Cabello, de allí a Puerto Rico, y, por último, a Cádiz, donde como reo de Estado se le encerró en la Carraca. Allí, solitario, y en completo abandono, murió el 19 de julio de 1816, después de cuatro años de martirio. En su persona el gobierno español violó con descaro y sevicia la capitulación de San Mateo que él mismo había declarado en su orden de 30 de enero de 1813 que debía cumplirse fiel y religiosamente. Nunca se reprochó a Monteverde su crueldad y perfidia, y, cuando en las Cortes Generales de Cádiz se trató del asunto, y los diputados americanos defendieron la causa de sus compatriotas oprimidos, sus protestas y reclamos no conmovieron a nadie.

Fué Miranda el primero que enarboló el tricolor colombiano en las costas de América; amigo de Catalina II, que no creía en nada, y de Bentham, que sólo creía en la utilidad apreciada de tejas para abajo, despidió, a la hora de la muerte, al fraile dominico que le ofrecía los auxilios de la religión, con